

ferencia a ese mítico espacio público que fue abandonado por los sectores populares. Ahora nos plantea la idea de otros espacios construidos desde el piquete, la olla popular o la comunidad local. Pareciera entonces que un recorrido por sus investigaciones nos invita a una especie de pregunta: ¿Dónde están “apareciendo” aquellos que dejaron la plaza vacía?. La respuesta es clara: están entre el barrio y la ruta.

Analia Minteguiaga

UBA /FLACSO - México

A propósito de Roberto Bardini, Tacuara. La pólvora y la sangre, México, Océano, 2002; y de Daniel Gutman, Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina, Buenos Aires, Ediciones B, 2003.

“Y en nuestras Tacuaras volverá la Montonera”.

Alberto Ezcurra Uriburu,
Jefe Nacional del Movimiento
Nacionalista Tacuara, 1962¹²

De forma casi simultánea fueron publicados dos libros sobre Tacuara. Esta organización, a pesar de su relevancia, no contaba hasta el momento con estudios específicos, más allá de una obligada mención y breve caracterización, en otras investigaciones, como primera experiencia militante de un importante número de integrantes de organizaciones de izquierda y derecha de los años '60 y '70. Los de Daniel Gutman y Roberto Bardini son, entonces, los primeros ensayos de estudio del fenómeno tacuarista en su propio contexto y compleja evolución, textos que nos sumergen en una densa historia que había sido descuidada y simplificada al extremo, salvo contadas excepciones. Fundado durante los primeros años posteriores al derrocamiento de Perón por un pequeño conjunto de militantes de la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES),¹³ el grupo Tacuara se caracterizaba por su ideología nacionalista católica y su reivindicación de la violencia callejera como forma principal de acción

política. Seguidores del revisionismo histórico y asiduos asistentes de los cursos de fanáticos anticomunistas como Julio Meinvielle y Jordán Bruno Genta, estos primeros tacuaristas verían engrosar rápidamente las filas de la organización, fundamentalmente con adolescentes de sectores acomodados de colegios católicos y algunos colegios públicos. El conflicto entre los “laicos” y los “libres” durante el gobierno de Frondizi sería la coyuntura catalizadora de esta primera expansión.

Sin embargo, Tacuara se renovarían luego de las batallas contra los “laicos”. Como remarcan Gutman y Bardini, un verdadero aluvión de jóvenes de clase media baja, en muchos casos de identidad peronista, ingresarían al grupo. Fue entonces cuando comenzó a darse un viraje en las posiciones originales, lo cual llevaría a la primera ruptura: ante el acercamiento al peronismo y la simpatía por la revolución cubana —dado su carácter antiimperialista—, un grupo rompería “por derecha” hacia fines de 1960, formando la Guardia Restauradora Nacionalista, ante lo que entendían era una caída de Tacuara en la “órbita del comunismo”.

A partir de allí, el Movimiento Nacionalista Tacuara (MNT) seguiría creciendo, pero también contendría en su interior una variedad de grupos de ideología heterogénea, lo cual no tardaría en decantar en sucesivas rupturas: el Movimiento Nueva Argentina —fundado en 1961, y liderado por Dardo Cabo—, hacia el peronismo, y el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT) —fundado en 1963, con Joe Baxter y José Luis Nell como líderes—, hacia la izquierda, fueron las más importantes, aunque no las únicas. Así, mientras la “vieja guardia” de Tacuara —bajo el mando de Alberto Ezcurra Uriburu¹⁴— seguiría manteniendo sus antiguas posiciones, un importante grupo se acercaría a la izquierda, dejando atrás el virulento anticomunismo que era premisa básica de esa organización. Desde el MNRT, ejemplo más relevante de esta reorientación, Joe Baxter sintetizaría la radical distancia que lo separaba de sus viejos compañeros de esta manera: “No sólo hay un liberalismo cipayo e izquierdismo cipayo; hay, también, nacionalistas cipayos, [que] son quienes creen que la batalla por la soberanía argentina se jugó en la cancillería de Berlín en 1945”.¹⁵ La acentuación del discurso antiimperialista, el acercamiento al peronismo combativo, y la adopción de Argelia como modelo a

seguir, en cuanto “ejemplo más completo de una revolución nacionalista”, completan el cuadro de esta evolución ideológica. Por otra parte, el MNRT desarrollaría a un nivel superior, por planificación y envergadura, los métodos de acción directa que caracterizaban a Tacuara. Robos de armas, varios atentados contra empresas transnacionales, el resonante robo al policlínico bancario en agosto de 1963; todo esto ilustra una radicalización en la metodología que convierte al grupo en uno de los antecedentes de la guerrilla urbana en Argentina.

Para mediados de los '60, la mayoría de los militantes del MNT, el MNRT y otros desprendimientos pasarían a formar parte de nuevas organizaciones, fundamentalmente en distintas vertientes del peronismo. De esta manera, la historia de la organización llegaba a su fin, más allá de la actuación inorgánica de algunos grupúsculos de adolescentes que continuarían utilizando el nombre, que para ese entonces se había popularizado y adquirido un carácter casi mítico.

Tanto en el trabajo de Gutman como en el de Bardini se aprecia el esfuerzo por presentar de forma detallada esta compleja trama de acontecimientos y personas que envuelve la historia de Tacuara. En este sentido, los dos libros aportan una infinidad de informaciones y anécdotas que incluyen a personajes que cobrarían relevancia posteriormente. Es que Tacuara cobijó a una impresionante cantidad de futuros dirigentes de las FAP, Montoneros, Tupamaros, el ERP y, en el extremo político opuesto, integrantes de la Triple A y agentes de los servicios de inteligencia. Así, pueden seguirse los primeros pasos de historias de vida tan atrayentes como las de los mencionados Baxter y Nell,¹⁶ así como también las de Rodolfo Galimberti, Alejandro Giovenco, Alfredo Osorio y Carlos Arbelos, entre otros. El entrecruzamiento de estas historias personales, la de la organización y sus rupturas, y la de sus nexos con otros grupos y personas, todas ellas enmarcadas dentro de la evolución política argentina de aquellos años, resulta suficiente para que la lectura de estos libros, en ambos casos de elegante prosa y rítmico relato, sea estimulante y muy entretenida.

El atractivo de ambos textos, sin embargo, es menor a la hora de evaluar su profundidad analítica. Es que, a la manera periodística, Bardini y Gutman presentan dos crónicas donde se privilegia una na-

rrativa lineal de los sucesos, sin ahondar suficientemente en las problemáticas del tema investigado. Este déficit es, en rigor, mucho más acusado en el trabajo de Gutman, quien enhebra en gran parte de su libro un relato cercano al de la novela policial que, aunque apasionante, no logra disimular un escaso trabajo de crítica documental, al tiempo que falta el necesario encuadre de los problemas en una perspectiva más amplia, que tenga en cuenta la historia social, cultural y política del período tratado. Así, aunque a partir de la lectura pueden extraerse las líneas interpretativas que sostienen el relato, éstas resultan poco eficaces para penetrar en el haz de problemas que plantea el fenómeno Tacuara. Como resultado, el texto no propone explicaciones consistentes que vayan más allá de las que dicta el raso sentido común, y la inmensa cantidad de datos que lo recorren quedan meramente presentados, sin una articulación crítica del espesor necesario como para darles un orden conceptual que los vuelva inteligibles.

Nada ilustra mejor esto que el hecho de que la principal hipótesis de investigación del libro quede sin ser suficientemente dilucidada. Según aclara Gutman al comienzo del texto, un punto central del mismo es investigar el lazo que une a Tacuara con la violencia política de los '70. El autor realiza entonces un seguimiento de las principales acciones del MNRT y, sobre todo, la del célebre robo al policlínico bancario.¹⁷ También dedica una buena parte del libro a la evolución de varios tacuaristas que fueron pasando a otras organizaciones de diferente ideología. Y sin embargo, la riqueza de estas descripciones no se corresponde con la extrema simplificación con que resuelve el análisis del interrogante inicial. Finalmente la interpretación de Gutman, con su profunda subestimación de la ideología sustentada por estos grupos y la consecuente falta de un marco que politice el problema del uso de medios violentos —quedando por tanto una violencia entendida de manera abstracta, fácilmente repudiable— lo acerca a aquella lectura corriente en muchos trabajos de los '80, que de manera tendenciosamente simplista y ahistórica, escindía ideología y medios, viendo en la paradójica evolución de muchos dirigentes desde la derecha a la izquierda una prueba de la inconsistencia ideológica que, junto a esta mitificación de la violencia como medio político privilegiado, de mostraba su profundo oportunismo.¹⁸

Poco profunda y matizada, aunque más plausible, resulta la explicación de Gutman del hecho de que Tacuara haya representado para tantos adolescentes de fines de los '50 y principios de los '60 un espacio de rebeldía que luego se canalizaría a través de nuevas opciones de izquierda: “para un adolescente que rechazaba la línea Mayo-Caseros y detestaba a los políticos tradicionales parecía mucho más fácil, en esa época, hallar un espacio de pertenencia en el nacionalismo de derecha que en la izquierda [ya que] los socialistas estaban firmemente al lado del Gobierno militar [mientras] El partido comunista había apoyado el golpe de Lonardi y estaba más cerca del liberalismo que del marxismo. Como una década antes en la Unión Democrática, la izquierda estaba junto a los radicales y a los sectores reaccionarios”.¹⁹ Es preciso insistir en que para avanzar en el análisis de la radicalización de las nuevas generaciones, al igual que en otros aspectos relevantes relacionados con la historia de Tacuara, sería necesaria una mayor profundización en la historia social y política del período que la ofrecida aquí, al tiempo que debería analizarse más intensivamente el complejo campo ideológico y cultural del período en conexión con lo anterior. Un programa de investigación que tomara esta perspectiva contaría por otra parte con el respaldo de un importante número de trabajos previos que han recorrido consistentemente distintos aspectos de una década tan central para la reconfiguración del campo de las izquierdas como lo fue la inmediatamente posterior al derrocamiento de Perón.

Sin apartarse del género periodístico, el libro de Bardini es sin embargo distinto. Este autor esboza una serie de interesantes ensayos interpretativos, que se entremezclan, casi a la manera de unas memorias, con la pasión de quien fue parte de la historia que relata. Esta tensión entre la evocación y el ensayo histórico que recorre todo el libro abre paso finalmente, en el último capítulo, a la memoria y al balance retrospectivo. El autor, que fue militante de Tacuara entre los 14 y 18 años, sintetiza allí su itinerario personal, desde aquella experiencia iniciática hasta su actualidad como periodista en México. Así, de alguna manera, queda aclarado el anhelo por ajustar cuentas con su propio pasado, a pesar de que en su opinión, aquella temprana militancia se encuentra muy lejos de aquel “estigma” que podría

creerse implica el haber participado de un grupo de derecha para quien luego tomaría otros rumbos políticos. Es que uno de los objetivos del libro de Bardini es demostrar que en Tacuara convivieron bajo un amplio paraguas nacionalista, mientras fue posible, un conjunto muy heterogéneo de ideologías: “hubo tendencias semiaristocráticas con nostalgias de los años '30 y tendencias “plebeyas”; católicas antiperonistas y católicas peronistas; “fascistoides” y “socializantes”; golpistas pro militares e insurreccionales populistas. Tampoco faltaron simpatizantes del anarcosindicalismo”.²⁰

Este dato incontrastable, no implica sin embargo, como a veces parece deslizarse el autor, que ya estuvieran contenidas desde un principio las diferencias ideológicas que llevarían por tan distintos rumbos a quienes militaron en Tacuara. El texto de Bardini se halla recorrido por una tensión entre un auténtico interés por indagar las causas profundas de los cambios ideológicos, y un intento por reconstruir una genealogía que aparte los elementos más urticantes de Tacuara de quienes terminarían en la izquierda. El peligro que se presenta aquí es entonces que se deje de prestar la suficiente atención a ciertos rasgos relevantes que formaron parte de aquella experiencia; y que el análisis pierda profundidad, al desconocer una serie de importantes problemas que suscita el objeto de estudio.

Podría decirse entonces que la concentración del texto de Bardini en el análisis ideológico de Tacuara —esfuerzo que sin dudas es un aspecto positivo a remarcar— es comprensible dado su objetivo de reivindicar una historia en la que entra en juego su propia subjetividad; y también que este objetivo lo lleva, pese a los importantes aportes que brinda, a una limitación en la perspectiva.²¹ Un breve recorrido por las principales posiciones sostenidas por el autor nos permitirá ilustrar esto.

En primer lugar, Bardini intenta demostrar que, incluso desde sus orígenes, Tacuara no fue un grupo fascista o filonazi, como se sostiene en ciertas versiones extremadamente simplificadas que homologan diferentes vertientes del nacionalismo de derecha. Se dedica entonces un amplio espacio al examen de las influencias intelectuales que ejercieron sobre el grupo dirigente personajes como Julio Meinvielle y José María de Mehiu, destacándose la identidad falangista, y no fascista ni nazi, de Tacuara. En esta elección

jugaba un papel central el catolicismo del grupo, lo cual los llevaba a rechazar a los regímenes de Hitler y Mussolini, aunque no dejaran de demostrar cierta simpatía por los mismos. Basándose en Primo de Rivera, los tacuaristas tenían como modelo “el Estado Nacional-Sindicalista”, el cual acabaría con la lucha de clases, pero también con la injusticia social y la “explotación social” capitalista. En su programa básico,²² Tacuara sostenía la necesidad de nacionalizar las empresas relacionadas con la defensa nacional, y realizar una reforma agraria que acabe con los latifundios. Como puede apreciarse, se trataba de una ideología nacionalista antiliberal que tomaba en consideración la necesidad de llevar adelante importantes reformas sociales, y por lo tanto se consideraba revolucionaria. Como diría un tacuarista a un periodista de la Revista **Che** en 1961, “América latina se encuentra en un proceso revolucionario de carácter eminentemente social. A esta revolución o le damos nuestro signo nacional y católico o tendrá el signo reaccionario del comunismo”,²³

En segundo lugar, Bardini polemiza con Navarro Gerassi y aquellos que destacan el fuerte carácter antisemita de Tacuara. El intento de Bardini por deslindar a Tacuara de su antisemitismo, que por cierto no era —al igual que en la mayoría de los grupos de derecha en Argentina— racial, resulta sin embargo mucho menos consistente que su crítica a la caracterización del grupo como filonazi o fascista. Ante la evidencia de una multitud de declaraciones antisemitas y de actos en contra de judíos, el autor sostiene la poca relevancia que tenía este aspecto para muchos tacuaristas, y que finalmente todo un sector de militantes dejaría atrás esas posiciones. Además, dice Bardini, el conflicto entre semitismo y antisemitismo no fue un eje central para la historia Argentina. El problema de este último argumento es que para muchos grupos de derecha efectivamente sí se trataba de un conflicto fundamental, y esto traía aparejadas prácticas que, en el caso de Tacuara, difícilmente puedan ser subestimadas. Y si bien es cierto que en muchos casos el antisemitismo pasaría a ser cosa del pasado —aunque tampoco aquí todas las trayectorias son iguales, y sería necesario evaluar la existencia de algunos elementos residuales rearticulados en estructuras ideológicas nuevas²⁴—, en tantos otros no se extinguió.

Asumir que en el seno de Tacuara coexistieron distintas ideologías no implica en

último término que ya estuvieran contenidas en su interior las que finalmente devinieron. Más bien, debería reconocerse esa compleja evolución, también en relación al antisemitismo. Reconocer esto, permite por ejemplo preguntarse por el papel que jugaba para estos grupos el antisemitismo como vehículo de demandas sociales y políticas insatisfechas, y en qué sentido fue un canal de rebeldía tan real como el nacionalismo. Pareciera que para Bardini el nacionalismo operó efectivamente como vía para la radicalización posterior, pero resulta difícil decir lo mismo del antisemitismo; aquí, sin dudas, esta operando un anhelo de reivindicación ante el propio pasado que, sin embargo, resulta un límite para plantear problemas que merecerían un análisis más profundo.

Por último, la discusión sobre el carácter antisemita de Tacuara nos lleva a plantear una gran debilidad en el análisis de Bardini. Se trata de que su estudio de la ideología de Tacuara, y específicamente del discurso de sus dirigentes, no se complementa con un examen de las prácticas de los militantes comunes, dando lugar a una perspectiva estrecha que pierde de vista importantes aspectos de la organización. Esta falta resulta tan evidente, que es señalada por el propio prologoista del libro, José Steinsleger, quien comenta como vivió él mismo a los tacuaristas: “caqueros” y “bananas” que portaban llaveritos con crucifijos, estrellas de la Orden de Malta y agredían en patota a uno que otro chico “con pinta de judío”, sin capacidad para defenderse”.²⁵ Sin dudas, un análisis que tomara en cuenta estos elementos brindaría una imagen más viva, y seguramente más compleja y repleta de contradicciones, que la propuesta por Bardini.

Éste y otros aspectos quedarán sin dudas para ser profundizados en futuras investigaciones. Tacuara y su contexto nos presentan una infinidad de problemáticas que merecen ser indagadas. A la espera de nuevos avances, vale celebrar la aparición de dos textos que comienzan a abrir una senda que, por relevancia y complejidad, resulta muy auspiciosa. En este sentido, debe decirse que tanto Bardini como Gutman produjeron trabajos de útil lectura para quien quiera comenzar a desentrañar la apasionante historia de esta organización.

Damián López

UBA / CeDInCI

Acerca de Gustavo Plis-Sterenberg, Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina. Buenos Aires, Planeta, 2003.

La clave Walsh

La paradoja de que un libro destinado a la comprensión y vindicación del ímpetu revolucionario aparezca editado y distribuido por una editorial globalizada producto, precisamente, de la derrota de las transformaciones propuestas por los actores del drama que narra, no es la menor que aqueja a este texto, que oscila sobre el fieltro de su propio estatuto ficcional lidiando con los géneros en busca de una pertinencia radical para nombrar aquello que acaso no pueda aún ser dicho.

Con la contundencia y precisión de una parte de guerra, la tensión dramática y el *suspense* propios de una *non-fiction novel* —como quien dice, *à la Walsh*—, y una equilibrada y poco complaciente mirada sobre las responsabilidades de un episodio definitorio de la historia argentina, el libro de Gustavo Plis-Sterenberg constituye un logrado acercamiento a la interrogación de una experiencia fallida de la lucha revolucionaria de los años setenta. El intento de copiamiento del Batallón de Domingo Viejobueno en las vísperas navideñas del ‘75 por parte del Ejército Revolucionario del Pueblo es reconstruido con minucia de arqueólogo por este músico de fama internacional que compone —para usar una metáfora musical— una sinfonía coral con las voces recuperadas de los muertos, los documentos rescatados del olvido, los testimonios, y la memoria personal de los hechos. Así, en la obertura del libro asistimos al desfile de las biografías personales de los militantes, pintadas al agua fuerte no sin recias trazas de un estilo límpido, seco, personal; vidas que van cargándose de un hábito trágico en la medida en que el detalle humano y el aquilatamiento ecuánime de virtudes y defectos contrapesa la inmisericorde lógica bélica en la que se han de sumir. En la presentación de Plis-Sterenberg los actores del drama se muestran como personajes de una historia a la que miran con decisión soberana, lo cual, contra el fondo de turbulencia sobre el que se recortan sus figuras, les confiere una carnalidad redoblada que linda con la epopeya. Historias